

LIBRO TERCERO

**de la historia de la Provincia de la Compañía de Jesús
en el Reino de la Nueva España,
y fundaciones de Colegios que se hicieron en otras ciudades
fuera de México.**

CAPITULO I.

PIDE LA CIUDAD DE PÁTZCUARO, EN LA PROVINCIA DE MICHOCÁN, AL PADRE PROVINCIAL ENVÍE RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA QUE FUNDEN CASA EN ESA CIUDAD, Y DESCRÍBESE ESTA PROVINCIA.

MUY bien ocupados estaban nuestros religiosos en México en los ministerios que en el libro pasado acabamos de escribir, cuando movidas del fruto de su doctrina otras dos ciudades de este Reino que fueron la de Pátzcuaro en la Provincia de Michoacán, y la de Antequera en el Valle de Oaxaca, casi á un mismo tiempo enviaron á pedir al Padre Provincial les enviase algunos religiosos que diesen principio á fundar casa ó Colegio de nuestra Compañía en sus ciudades, lo cual sucedió el año de 1572, el mismo año que los nuestros habían llegado á la Nueva España, y no se dijo allí por no interrumpir el hilo de lo que en ese lugar se trataba, aunque siempre procuraremos significar el tiempo de los sucesos de la historia. Y para mayor distinción, dejando para después el hablar de la fundación de Oaxaca, escribiremos aquí de la que se hizo en Pátzcuaro, cabeza de la extendida Provincia de Michoacán, poblada de los Indios llamados Tarascos. Y por haber sido esta Provincia una de las más pobladas de la Nueva España y en la cual han trabajado muchos de nuestros religiosos, insignes sujetos, y haberse cogido abundantísimos frutos en el aprovechamiento

de las almas, será conveniente dar noticia y hacer aquí descripción de ella. Está la ciudad de Pátzcuaro situada cincuenta leguas poco más ó menos distante de México, á la banda del Occidente, y aunque su Provincia no es tan rica de minas de plata como otras de Nueva España, es empero abundante de minas de cobre y de otras mercaderías que se llevan á España, de todo género de mantenimientos, de buenos y sanos temples, la gente de ella dócil y de buenos ingenios en su esfera, y de mucho brio y valor en la guerra, y tal, que en el tiempo de su gentilidad los Indios de esta nación, más que otros, se señalaron en hacer resistencia á la mexicana, de la cual no sólo no fueron conquistados, antes en defensa de su libertad, les dieron bien en qué entender. Fueron también muy dados al culto de sus falsos dioses, los concursos á las fiestas y sacrificios que les hacían de hombres y animales eran más frecuentes y copiosos de gente que los demás que en estas Provincias se usaban; sus templos eran más suntuosos, la curiosidad en solemnizar sus fiestas mayor. Y buena prueba de esto es, que la primera Catedral de Pátzcuaro que otro tiempo fué templo de ídolos, en que hoy está fundado el Colegio de nuestra Compañía (como después diremos) muestra haber sido aquel un soberbio edificio, si no en curiosidad porque hoy no parecen más que sus ruinas, pero en grandeza y amplitud bien se echa de ver que fué muy célebre. Demás de esto, en los Indios de la Provincia de Michoacán se notó y halló singular afición y propensión al conocimiento de la verdad, para lo cual no les ayudó poco (según su tradición) la enseñanza de un sacerdote que ellos llamaban Surite, el cual no sin particular providencia del cielo (según se puede creer) les anunciaba y prevenía para que con gusto esperasen, y de buena gana recibiesen á su tiempo á los Ministros de la verdad. Este los había impuesto y enseñado (y no se sabe de quién él lo hubiese recibido) á celebrar la fiesta que llamaban Pevánsuaro, conviene á saber de la Natividad y del Z tacuáncuaro, que quiere decir de la Resurrección, y otras semejantes á las que se celebran en nuestra Iglesia católica, y con razonamientos ordinarios que á las mañanas (según su costumbre) les hacía el tal Ministro predicador, los exhortaba que estuviesen alerta para cuando viniesen los verdaderos sacerdotes, que sin mezcla de mentira les habían de enseñar la verdad.

Lo cual les hizo tanto provecho para cuando les llegase la luz del Evangelio, que no fué menester más para que los michoacanenses abrazasen la fe cristiana, que saber que el gran Fernando Cortés era venido á esta tierra y que ya se predicaba la ley de la verdad, cuando el Rey llamado Cazonci vino en persona acompañado de sus más principales á visitar al Marqués del Valle, ofreciéndose de su voluntad por vasallo de S. M., y pidiéndole predicadores que les enseñasen la verdadera ley y los bautizasen, donde también se debe reparar que el Surite (de quien arriba hablamos) puso por nombre al pueblo donde él habitaba Cromíscuaro, que quiere decir lugar donde se está en atalaya; al cual pueblo hay tradición haber venido primero que á otra parte alguna, después de la Provincia de México, la nueva de la ley de Cristo Nuestro Redentor. Y en este pueblo y en todo lo restante de la Provincia, abrazaron estos Indios Tarascos con tantas veras nuestra santa fe, que aunque al principio fueron por el gran concurso de su conversión poco enseñados y bautizados de prisa, no

se sabe de otro de estos reinos donde menos rastros haya quedado de superstición y de sus antiguas idolatrías. El insigne y apostólico Prelado D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de esta nación, dichosa por haberle cabido en suerte tan santo é insigne Pastor, fundó la primera vez su catedral en un grande pueblo de Indios llamado Tzintzontza, y después se pasó al pueblo de Pátzcuaro, y es constante fama hasta hoy, que el haber fundado en este pueblo su silla Episcopal; había sido por divina revelación, porque andando cuidadoso el santo Pastor buscando en toda la Provincia lugar acomodado para desde él gobernar una tan nueva, extendida y populosa cristiandad, se le apareció su gran devoto, Doctor y luz de la Iglesia, San Ambrosio, y le señaló el lugar junto á una hermosa laguna donde hoy está la ciudad de Pátzcuaro, la cual, aunque en aquel tiempo no estaba tan poblada de gente, el santo Prelado la aumentó y congregó de tal manera, que la poblaron 30,000 vecinos. En ella levantó un edificio para su Iglesia Catedral de tan singular traza y suntuosidad (fundado en la inmensidad de Indios que le podían ayudar), que después de gastados en él \$200,000 en tiempo que los peones casi trabajaban de valde; y después de edificada buena parte de la obra, hubo de cesar y no pasar adelante por cédula que vino del Real Consejo de S. M.

CAPITULO II.

ESCRÍBESE LA SANTA VIDA Y MUERTE DEL PRIMER OBISPO DE LA IGLESIA DE MICHUACÁN Y PRIMERO EN HACER DILIGENCIAS PARA QUE LA COMPAÑÍA VINIESE DE ESPAÑA.

Pues hemos hecho mención de un muy insigne Prelado parecido á los muy santos de la primitiva Iglesia, y primer Obispo y fundador de la de Michuacán (de que vamos tratando), varón de excelentes virtudes, razón hay para hacer aquí la honorífica mención que ellas merecen. Y á lo cual también obligan las razones siguientes: primera, porque viviendo este santo Prelado, y antes de que la Compañía viniese de España á estas partes, pretendió (como atrás queda dicho) que algunos religiosos de ella pasasen á la Nueva España, y en particular á su Obispado, lo que procuró por medio del chantre de su Iglesia, D. Diego Pérez Negrón, á quien había enviado á España á esta pretensión, é hizo grandes diligencias con nuestro P. Diego Laynez, segundo general de la Compañía, para que tuviese por bien enviarle algunos religiosos que le ayudasen á la reformación y conservación de aquella nueva y copiosa cristiandad que tenía á su cargo. Y aunque en su vida no tuvo efecto pretensión de tan santo Prelado, porque habiendo gobernado su Iglesia por tiempo de 18 años, murió el de 1565; pero tuvo buenas prendas (y podemos decir del cielo) de que adelante se cumpliría su deseo, porque varias veces decía á sus Prebendados que aunque por entonces se dilataría la venida de nuestros Padres, pero que en otra ocasión se cumpliría, como sucedió á su tiem-

po. Además de esto, debo hacer aquí la dicha honorífica mención, porque su santo cuerpo está hoy muy venerado en la Iglesia que se le dió á la Compañía de Jesús en la ciudad de Pátzcuaro, cuando se trasladó á la nueva ciudad de Valladolid. Y finalmente, porque en este Obispado que fundó tan santo varón, tiene fundados la Compañía hoy tres Colegios y una Residencia: el de Pátzcuaro, el de la ciudad de Valladolid, el de San Luis Potosí, y además de esos la Residencia de San Luis de la Paz. Puestos todos en que han trabajado y ayudado los de la Compañía con el favor divino á conservar y aumentar la cristiandad que el Ilmo. D. Vasco de Quiroga fundó en esta Provincia. Razones todas por las cuales no será fuera del intento de esta historia hacer honorífica relación de sus excelentes y pontificales virtudes.

Este santo Prelado tuvo por patria á Madrid, y habiendo pasado á las Indias por Oidor de la Audiencia Real de México, fué electo (como atrás queda dicho) por el Emperador Carlos V por primer Obispo y fundador de la santa Iglesia de Michuacán. El cual, luego que la hubo fundado, entabló obras excelentes en su Obispado, y que hasta hoy con singular edificación en todos los pueblos de esta extendida nación se conservan. La primera fué en todos los pueblos de su feligresía fundar los hospitales, en los cuales no sólo se ejercita la misericordia corporal con los pobres enfermos, sino otras obras de singular fruto y devoción; porque todos los sábados por la mañana se canta en ellos con gran solemnidad la misa de la Santísima Virgen, á quien tienen particular devoción estos pueblos. A la tarde, cantada la Salve, entran á servir y habitan en el mismo hospital por toda la semana una ó dos familias de Indios del pueblo, y con tal compostura y devoción que la ponen á los que los ven; porque las mujeres de los que entran á servir, después de haberse cantado en la Iglesia Parroquial del pueblo la Salve, salen con coronas y guirnaldas de flores en la cabeza y cantando canciones santas en señal de alegría, entran al hospital á servir á la Virgen y á sus pobres. Y á esta devoción se junta otra de harta edificación y cristiana honestidad aconsejada por el Apóstol San Pablo, en orden al ejercicio santo de la oración; ésta es, que en aquel tiempo los casados entran á servir á la Reina de las vírgenes en sus pobres, y por aquella semana viven aparte las mujeres de los maridos, pareciéndoles que aquella casa es casa de toda honestidad y oración. Y aun el salir los días que sirven en el hospital á cometer algún pecado, lo tienen por agravante maldad, por considerarse en ese tiempo totalmente dedicados á Dios y á su Santísima Madre. Y en estos hospitales se levantan los sábados á las tres de la mañana á cantar á la Virgen cánticos muy devotos en su lengua, y antes de recogerse á dormir todas las noches; á esto añaden, que todo lo que esos días ganan en sus oficios, se queda para servicio de los pobres y solemnidad de las fiestas de la Virgen, limosnas que son muy considerables. Porque la segunda obra de grande utilidad para esta nación, que el santo Prelado introdujo, fué que en cada pueblo de ella todos los vecinos aprendiesen un particular oficio; y para esto hizo traer oficiales primos que lo enseñasen, con que salieron muy diestros los Tarascos en todas materias; y ellos lo eran en la que es rara en las Indias y en Europa de labrar imágenes de pluma, que son muy preciosas. Además de esto, tienen eminencia en forjar y labrar imágenes

de Cristo crucificado, de grande perfección y de materia tan ligera, que una imagen de estas, mucho mayor que la estatura de un hombre enclavada en su cruz, la puede llevar un solo hombre en la procesión. Y de ser muy diestros en estos y otros oficios, se sigue que los oficiales que entran á servir á la Virgen en su hospital, dejan en él cada semana doce, veinte y más reales de á ocho con otras limosnas. Y esto con tal afecto y devoción, que aunque en esa semana los llamen para otras obras ó se las ofrezcan con mucho interés, no las admiten fuera de las que tocan al hospital de la Santísima Virgen.

Todos estos ejercicios de cristiandad introdujo su santo y primer Prelado, fuera de otras obras de grande piedad que hasta hoy duran en esta nación, añadiendo otra que es de grande utilidad y provecho para todo el Obispado, de un Seminario que fundó con renta donde se crían en virtud y letras hijos de Españoles de la Provincia, que sirven en la Catedral y también acuden á estudiar á nuestras escuelas. A todas estas obras de tanta piedad añadía el santo Prelado otros ejercicios de grande penitencia y oración, para los cuales se salía á un bosque que hoy sirven de huerta de nuestro Colegio de Pátzcuaro que estaba cerca de su vivienda y palacio, bien pobre del que por ser rico para los pobres era tan pobre para sí, que el báculo pastoral de que usaba en tierra donde hay tanta plata, era de madera pobre. A la oración del bosque añadía en él rigorosas disciplinas, rogando á Dios por su pueblo y aumento de aquella nueva cristiandad que su Majestad le había encomendado. Y bien se les echó de ver á las ovejas el cuidado de tan santo Pastor, cuya memoria y veneración, después de muerto, ha quedado tan impresa en los corazones de los Indios Tarascos, que pretendiendo los Prebendados cuando se mudó su Catedral á la nueva ciudad de Valladolid, trasladar á ella su santo cuerpo, y habiendo enviado con grande secreto una dignidad de su Iglesia para que lo ejecutase, entendiéndolo los Indios, millares de ellos tomaron sus arcos y flechas, y se pusieron en armas para defenderlo; y duró algunos días y noches el hacer centinela en su defensa. Después de ella, para imposibilitar esta mudanza y asegurar para adelante esta preciosa prenda, se resolvieron á buscar una losa con que cerrar su sepulcro, y ésta de tanta grandeza que tuvieron que hacer seiscientos indios para menearla y traerla, con que se aseguraron que sin saberlo ellos, no les privarían de las reliquias de su primero y santo Pastor que tanto veneraban, á quien muchas veces visitan pidiendo les haga favor desde el cielo, de que son buenos testigos nuestros religiosos; porque esta Iglesia (como adelante diremos) se dió á la Compañía cuando fundó en esta ciudad de Pátzcuaro. Entró á gobernar su Obispado este santo Prelado el año de 1537 y lo gobernó por tiempo de 28 años, hasta el de 65, en que pasó al cielo Prelado tan santo, que aunque le ofrecía el santo Emperador Carlos V (como refiere el cronista mayor de las Indias Gil González Dávila en su teatro), otras iglesias más pingües no aceptó ninguna, respondiendo él: «que no pretendía bienes de tierra, sino los del cielo; que pasar de un Obispado á otro no era más que mudar de lugar, no de cuidados, y que con ir de una ciudad á otra no se aligeraba la carga,» y finalmente, se celebran otras muchas virtudes del santo Obispo D. Vasco de Quiroga, de quien habemos hecho mención por las razones referidas.

CAPITULO III.

DESPACHA LA IGLESIA CATEDRAL DE MICHOACÁN,
EN SEDE VACANTE,
UN PREBENDADO AL PADRE PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA,
QUE PIDA ALGUNOS RELIGIOSOS QUE DEN PRINCIPIO Á SU FUNDACIÓN,
Y VA EL MISMO PADRE PROVINCIAL Á DISPONERLA.

Acordándose los Prebendados de la santa Iglesia de Michoacán de los deseos que había tenido su primero y santo Prelado D. Vasco de Quiroga de traer de España á los religiosos de la Compañía de Jesús, y que desde entonces les dejó esperanzas que habían de venir, como atrás queda dicho. Habiendo ya sabido el fruto que hacían en México, y experimentándolo ellos mismos, cuando fué á ordenarse el P. Juan Curiel, á quien habiendo ordenado el Ilmo. D. Antonio de Morales (como se dijo en el capítulo diez y nueve del libro primero), pretendió se quedara allí, y lo ocupó su Señoría en predicar en la Catedral y en leer la gramática á los colegiales. Con todas estas ejemplares experiencias crecían los deseos de los Prebendados de ver de asiento en su ciudad á los de la Compañía. Y así, habiendo salido promovido el dicho Obispo á la Iglesia de la Puebla de los Angeles, y estando en Sede vacante la de Pátzcuaro, despacharon un Prebendado al Padre Provincial haciendo grande instancia para que fuesen algunos de los de la Compañía á dar principio á la fundación de este Colegio. A esto se allegaron las noticias (que el P. Juan Curiel había dado al Padre Provincial) de cuán poblada de gente estaba aquella ciudad y Provincia, y que era mies necesitada de obreros, en la cual podía la Compañía coger muy abundantes frutos con sus santos ministerios. Porque aunque las sagradas religiones de San Francisco y San Agustín habían trabajado y trabajaban apostólicamente, y tenían amplísimas doctrinas y pueblos á su cargo en esta Provincia; pero era tanta la gente y tantos los curatos de clérigos en el Obispado, que tendría muy bien que hacer la Compañía, así en la ciudad de Pátzcuaro con los españoles y con la enseñanza de sus hijos, como en misiones que se podían hacer á los pueblos de indios, de que se podían esperar muchos espirituales frutos y una muy abundante cosecha. Todas estas razones hicieron tal fuerza al Padre Provincial Pedro Sánchez, que determinó ir en persona á tratar y disponer la fundación del Colegio de Pátzcuaro.

Llegado el Padre Provincial á esta ciudad, fué recibido de los Prebendados de aquella santa Iglesia con grande amor y benevolencia. Trataron luego de la fundación que tenían tan deseada y aun anunciada de su santo y primer Prelado y vigilante Pastor. Confirióse la materia y conveniencias de ella, y hallólas muy grandes el Padre Provincial para que la Compañía fundase en una Provincia tan poblada de gente, en la cual podía hacer mucho fruto en servicio de Dios Nuestro Señor por medio de sus ministerios. Y para que tan santa obra tuviese más breve ejecución, ofrecieron los Prebendados de la Iglesia,

de sus mismas rentas ochocientos pesos cada año para el sustento de nuestros religiosos que en este tiempo allí residiesen. Demás de esto, ofrecieron darles por Iglesia propia la que les había servido de Catedral, porque para ella habían ya acomodado una nave de la suntuosa que (como atrás queda dicho) el santo Obispo D. Vasco de Quiroga había comenzado á edificar. Dispuesto este asiento, dió la vuelta á México el Padre Provincial, habiéndoles dado palabra á los Prebendados que en llegando á esta ciudad enviaría algunos de los pocos sujetos que tenía para que diesen principio á esta fundación, aceptándola desde luego con licencia que cuando vino de la Nueva España había traído de N. P. General. Llegado, pues, á México despachó á dos Padres sacerdotes que acudiesen á predicar y confesar, y un Hermano estudiante que leyese gramática á los colegiales y demás hijos de españoles, porque en este tiempo ni los unos ni los otros tenían Maestro que se la pudiese enseñar. Iba por primer Rector de este Colegio el P. Juan Curiel, bien conocido ya y deseado desde el tiempo en que se fué á ordenar y le quisieron detener, por la grande moción que había causado con su trato y predicación y sermones. Llegados que fueron nuestros Padres, les hizo donación el Cabildo Sede vacante de la Iglesia, que, como se dijo, había sido primera Catedral, antes que se pasase á la que después se dispuso en una nave de la que comenzó á edificar su santo Prelado. Para su vivienda acomodaron los nuestros unos aposentos pobres que en la misma Iglesia habían servido de sacristía con un pedazo de bosque junto á ellos, que era adonde el santo Obispo se retiraba á oración, y hoy sirve á los nuestros de huerta y recreación religiosa. Comenzaron luego nuestros Padres á ejercitar sus ministerios con grande fervor, y bien lo habían menester para lo mucho que tenían que trabajar en esta nueva viña, para que Dios los condujese. En la Catedral no había quien en este tiempo predicase, pues un solo Prebendado que cuando nuestros Padres llegaron lo podía hacer, murió de vejez, y así los días de fiesta el uno de los Padres predicaba á la mañana en la Catedral y el otro á la tarde en nuestra Iglesia. Y esto con el concurso general de toda la gente del lugar, que estaba bien necesitada y deseosa de doctrina y manjar del cielo, que les entraba en provecho. En tan buena ocasión, predicando el P. Juan Curiel con grande espíritu y fervor, comenzó luego á dar fruto su santa doctrina, introduciéndose con ella el uso (olvidado en aquellos tiempos) de los santos Sacramentos de la confesión y comunión, en que los nuestros estaban bastantemente ocupados y no meos lo estaba el Hermano que leía gramática, de que los discípulos estaban bien necesitados. Visitaban demás de esto los Padres algunos días á los pobres del hospital que era muy rico y amplio, así para indios como para españoles. A estos consolaban y confesaban, á los indios no podían administrar este santo Sacramento porque aún no sabían su lengua, pero ellos se aficionaban al trato apacible, cristiano y caritativo que veían en los nuestros, de suerte que, aunque no sabían la lengua, algunas veces les pedían los confesasen por medio de intérprete, de que servía algún colegial de los que solían llevar consigo. En sus fiestas los convidaban á sus pueblos, y ya que no les podían predicar, llevaban algún libro escrito en su lengua, que oyendo leer, les servía de sermón y doctrina. Y ordinariamente el Padre que iba á algún pueblo de estos, llevaba consigo algún colegial lengua que sir-

viése de intérprete para la confesión, cuando ellos mismos la pedían y no había allí otro que pudiese hacer este ministerio. Pero andando el tiempo no fué menester este remedio, porque hubo insignes lenguas y las hay hoy en nuestra religión que ha hecho grandes frutos en toda esta nación con sus ministerios y doctrina. De la cual, lo que queda por decir es, que pasándose casi por este mismo tiempo la Catedral de Pátzcuaro á la nueva ciudad de Valladolid (como presto se dirá), con ella pasó el Seminario de colegiales y juntamente el estudio de latinidad que en Pátzcuaro se había puesto, quedando en Pátzcuaro la escuela de niños que aprenden doctrina cristiana, y á leer y escribir, que hoy persevera y de que es Maestro un religioso de nuestra Compañía de Jesús, de que se han seguido los grandes frutos que se dirán en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVII.¹

FUNDACIÓN DEL COLEGIO

QUE LA COMPAÑÍA DE JESÚS TIENE EN LA CIUDAD DE VALLADOLID,
EN EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA.

Por haber sido esta ciudad de Valladolid como colonia fundada por los españoles que se habían avecinado en la de Pátzcuaro, y nuestro Colegio, también de Valladolid, haber tenido su origen del de Pátzcuaro, de que acabamos de escribir, es necesario juntar en esta historia estas dos fundaciones de Colegios que casi á un mismo tiempo se fundaron en esta Provincia. Y diremos primero la ocasión con que se fundó la ciudad de Valladolid, y cómo á ella con Bula de Su Santidad se trasladó la silla Episcopal que en sus principios estuvo fundada en la ciudad de Pátzcuaro, y hoy lo está en la de Valladolid.

Cae esta Ciudad respecto de la de México (que es el centro para situar las demás de la Provincia), poco más de treinta leguas distante, y de la de Pátzcuaro no más de siete. La ocasión, pues, que se ofreció para fundarse de nuevo la ciudad de Valladolid, y con ella mudarse la silla Episcopal con su Catedral, fué, que habiendo salido el Virrey D. Antonio de Mendoza (que fué el primero que con este título gobernó los reinos de la Nueva España) á pacificar unos rebeldes Indios á la Nueva Galicia, y pasando por el sitio que hoy tiene Valladolid, que entonces eran unos campos amenos de muy hermosas y apacibles vistas y espaciosas llanadas, el Virrey con la mayor parte de la nobleza de México que le iba acompañando, juzgaron ser á propósito para planta de una buena y acomodada ciudad, á que convidaba la amenidad de este sitio á las riberas de un alegre río, el temperamento muy sano, el cielo muy sereno y benigno, la fertilidad de la tierra muy á propósito para todo género de frutos y semillas, y finalmente, todo les parecía que prometía mucha comodidad para pasar la vida á los que la quisiesen poblar. Con esto se determinaron fácilmente á que se hiciese merced á algunos de los que se ofrecieron á dar principio á la nueva ciudad, de sitios y tierras para labrar sus

¹ Véase la advertencia al principio de este tomo.

casas y acomodar sus haciendas; y corriendo luego la voz de que había de ser aquella una gran ciudad, cabeza de toda la Provincia de Michoacán, los religiosos de San Francisco y San Agustín se anticiparon á escoger sitio y erigieron dos hermosos y suntuosos Conventos, que son la cabecera de las Provincias que estas dos sagradas religiones tienen en Michoacán.

Prosiguióse adelante con este intento, y el Sr. Obispo D. Antonio Ruiz de Morales, religioso del orden militar de Santiago que fué el segundo que ocupó esta silla, llevado de la opinión común que Valladolid había de ser una de las mejores ciudades de este Reino, se persuadió que el principal medio para su aumento era trasladar á ella su silla Episcopal, con que le pareció se moverían los Indios y vecinos de Pátzcuaro á acompañarle. Dió parte al Virrey de este intento y trajo fácilmente tras sí su voluntad, porque estaba muy aficionado á este nuevo pueblo como á hechura suya, y deseaba mucho su dilatación. Escribieron luego de común acuerdo al Rey y al Real Consejo de Indias sobre el negocio, los cuales, movidos de la conveniencia que les representaban, informaron á su Santidad y se expidieron sus Bulas; para la traslación hubo algunas dificultades que vencer en los Indios de Pátzcuaro, que sentían sumo desconsuelo en ver desposeer su ciudad del lustre que había tenido con la Catedral y su silla; y así se fué dilatando la mudanza hasta que D. F. Juan de Medina Rincón, religioso de la orden de San Agustín, gran teólogo y uno de los mayores Ministros que tuvo el Evangelio en el nuevo Orbe, y tercer Obispo de Michoacán, rompió con todo, y mudando la Catedral, tomó posesión de ella comenzando en Valladolid el edificio de su nueva Iglesia. Hecha la mudanza, fué notable el sentimiento de la gente de Pátzcuaro y muchas las lágrimas que derramaba, no pudiendo sufrir ver despojar los altares de sus ornamentos, imágenes y retablos á que por la tierna memoria de su santo Obispo D. Vasco de Quiroga habían cobrado singular devoción, y defendían algunas alhajas de la Iglesia, pretendiendo si podían con esto conseguir que perseverase allí la Catedral.

No dejaron los de la Compañía de ayudar en este tiempo á la paz de la gente del pueblo, porque viendo la turbación de los Indios de que se temía algún alboroto, procuraron sosegarlos principalmente en algunos casos en que se determinaron valerse de las armas para su defensa. Tenían los Indios una campana, para cuya hechura habían contribuido liberalmente con sus limosnas, y sobre la cual en presencia de todos ellos había echado sus bendiciones el santo Obispo D. Vasco; y así, era grande la estima que de ella hacían, teniéndola por único remedio contra los truenos, rayos y tempestades que se solían armar para descargar su furia sobre la ciudad. Entendieron ellos que de secreto les querían llevar esta prenda de consuelo que les quedaba, y fueron tantos los extremos de sentimiento que hicieron, que se juntó una gran multitud de Indios con arcos y flechas, con tal brío y determinación, que todos temieron algún gran motín y rebelión popular; comenzó con esto la gente á preveuirse de armas y caballos, y ya se repartían los oficios de la guerra para pelear y defender sus vidas, de los Indios que se alborotaban. Pero la Divina Majestad dispuso que uno de nuestros religiosos entrase de por medio y quietase este alboroto, y por su industria echase agua al fuego que comenzaba á arder,

asegurando á los españoles que el motivo del disgusto de los Indios no era gana de rebelión, sino sobra de devoción y piedad que á las cosas en que había puesto mano su santo Obispo tenían, y que no se espantasen de su sentimiento, pues por medio de aquella campana habían experimentado obras milagrosas en tiempo de tempestades. Satisfizo de la misma manera á los Indios haciéndoles entender que de parte de la Iglesia había intervenido la misma devoción, y que si se habían resuelto á hacer la dicha mudanza sin darles parte, ni comunicárselos había sido por entender, que mudada la Catedral á Valladolid ellos también habían de mudarse, pues les convidaban con temperamento más apacible y ameno. Con esto los ablandó y sosegó los ánimos turbados, y se volvieron á sus casas millares de Indios que ya de toda la Provincia se habían convocado; más dificultad hubo en quietarlos cuando intentaron los mismos Capitulares de trasladar las reliquias del santo Obispo D. Vasco de Quiroga á la Catedral de Valladolid (como en el capítulo segundo del libro 3º se dijo), porque luego que lo entendieron se puso en arma gran número de indios flecheros velando de día y de noche en defensa de su sepulcro, y no contentos con esto, labraron una piedra de tanta grandeza y peso que con dificultad la podían mover seiscientos indios tirando de ella, y la pusieron sobre el sepulcro del cuerpo santo, echando con ella el sello á su seguridad.

Finalmente, habiéndose sosegado estos disturbios de la gente y asentado la Catedral en Valladolid, trataron de pasar el Colegio Seminario de colegiales que el santo Obispo D. Vasco, para su servicio y ayuda de su Iglesia había fundado, á los cuales los de la Compañía que residían en Pátzcuaro leían gramática, y así los Capitulares y Regidores con instancia pedían para el bien y acrecentamiento de su ciudad la traslación de nuestro Colegio. Sentían los nuestros desamparar á los indios de Pátzcuaro que tan tiernamente amaban, y ya ellos se entristecían de ver que si se les iban los Padres, quedaban como huérfanos y destituidos de un gran consuelo, no teniendo á quien acudir á comunicar sus trabajos con la confianza que solían. Viendo esta dificultad el Padre Provincial Pedro Sánchez, que había ido á Michoacán con deseo de dar asiento á estas cosas, con maduro acuerdo resolvió que quedándose los nuestros en Pátzcuaro, donde había sido siempre copiosa la mies, se comenzase á fundar otra casa en Valladolid, señalando al P. Juan Sánchez por Superior que diese principio á su edificio, acompañado con un Hermano que leyese gramática á los pocos estudiantes que entonces había.

No fué pequeño el trabajo y pobreza que por algún tiempo estos primeros religiosos padecieron, viviendo al amparo de la caridad y limosna que cada semana para su ordinario sustento las dos sagradas familias de San Francisco y San Agustín, con religiosa liberalidad les hicieron, hasta que ayudados del favor divino y benevolencia de los ciudadanos, acomodaron unas pobres casillas para habitación de los nuestros, y labraron una Iglesia pequeña pero capaz para los pocos vecinos que la ciudad tenía. Pero Dios Nuestro Señor, á cuyo amparo vivimos, ha mejorado cada día las cosas, y corriendo con más prosperidad los tiempos ha favorecido á este Colegio en lo temporal. Porque aunque no tiene fundador ha movido el ánimo de sus fieles á que le hayan hecho algunas donaciones de haciendas, con que ha podido

sustentar con alguna comodidad los sujetos que allí se ocupan en nuestros ministerios y se ha labrado morada competente en que vivan, con Iglesia, aunque no muy suntuosa, pero decente y bien adornada. Después de haber fundado la Compañía, entraron los religiosos de Nuestra Señora del Carmen y la Merced, los cuales, con dos conventos que labraron, dieron más lustre y aumento á la ciudad, á que se añadió un buen convento de monjas en que hay número de religiosas que de aquella Provincia se dedican en clausura á Nuestro Señor, y finalmente, aunque esta ciudad se ha quedado con pobreza de vecinos, pero está acompañada de algunos barrios de Indios Tarascos que allí se avecindaron y en ellos levantaron Iglesias para las ordinarias doctrinas y sermones que se les hacen, y en la comarca hay número de estancias de labor, que los Españoles tienen pobladas, con que hay bastante materia para el celo de los Ministros que destina la Providencia Divina al empleo de aquel lugar y al cultivo de aquella su viña.

CAPITULO XXV.¹

ESCRÍBESE LA FUNDACIÓN DEL COLEGIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
DE LA CIUDAD DE OAXACA, POR OTRO NOMBRE ANTEQUERA,
Y LA PERSECUCIÓN QUE TUVO ESTA FUNDACIÓN.

El Colegio contemporáneo en su fundación á los que acabamos de describir de Pátzcuaro y Valladolid, es de la ciudad de Oaxaca, del cual se nos sigue tratar al presente, y juntamente de los frutos que para grande gloria de Nuestro Señor y bien de las almas de esta fundación se han seguido. Porque aunque es verdad que en sus principios tuvo grandes contradicciones y persecuciones como adelante veremos, pero esas pasadas, pudo decir este Colegio lo del real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum meorum. . . consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.* Y siguiendo el método y orden que al principio propusimos, haremos aquí primero descripción del puesto de esta ciudad, población y comarca, para después escribir de los ministerios que en ella con los prójimos han ejercitado los de nuestra Compañía, y frutos que con el favor divino se han cogido.

La ciudad de Oaxaca, que es una de las más populosas que los españoles poblaron en la Nueva España, llamada comunmente así por la Provincia donde está, y Antequera por el nombre que los primeros pobladores le impusieron, cae al Mediodía, distante ochenta leguas de México, en un sitio llano y apacible, de saludables aires y de temple algo caliente. Y aunque tiene como quinientos vecinos españoles, lo principal que la ennoblece es estar en ella la silla episcopal de este dilatado Obispado, cuya jurisdicción es entre el Obispado de los Angeles y el de Chiapas. Extiéndese del uno al otro más de ciento veinte leguas por los confines del Obispado de Tlaxcala, y sesenta por los de Chiapas; y de latitud tiene ciento por la costa del mar del Sur y cincuenta por la del Norte, en que se incluyen las Provincias de la Mixteca alta y baja; la alta, que cae cuarenta leguas de Antequera al Po-

¹ Véase la advertencia al principio de este tomo.

niente, y la baja más hacia el mar del Sur. La Iglesia Catedral de esta ciudad, aunque no es de las mejores y más suntuosas de la Nueva España, pero es acomodada, fuerte y capaz para la ciudad, bien servida de música de instrumentos con que celebra grave y solemnemente sus fiestas. Los primeros religiosos que de propósito entraron á enarbolar el estandarte de la fe y dilatar el santo Evangelio en esta extendida Provincia, fueron los Padres predicadores de la ilustrísima y sagrada Religión del glorioso Santo Domingo, con cuyo trabajo y celo de la salud de las almas ha rendido esta viña copiosos y sazonados frutos al cielo. Por lo cual pudieron con comodidad edificar en esta ciudad un convento y templo suntuoso que puede competir en fortaleza y hermosura con el mejor de la Nueva España. Los segundos que entraron á fundar en esta ciudad fueron los de la Compañía de Jesús (de cuyo Colegio como de sujeto propio de este capítulo diremos adelante más despacio). Los Padres descalzos de San Francisco labraron después, según su santa costumbre, un curioso y recogido convento, á cuyo sustento con mucha piedad y liberalidad acuden los vecinos de la ciudad. Hay también religiosos de San Agustín y Nuestra Señora de la Merced, que aunque no han puesto la última mano á sus conventos, pero son de muy buena proporción y capacidad, y otros dos monasterios de monjas, el uno, sujeto al ordinario, y el otro, á los Padres de Santo Domingo, que encierran muy buen número de religiosas.

Está en esta Provincia el Valle de Oaxaca, célebre por el título de Marqués que de él se dió en premio de sus grandes hazañas, trabajos y conquistas al valeroso y famoso capitán Hernando Cortés, conquistador de las tierras y Reinos de este Nuevo Mundo. A media legua de la ciudad corre por ocho leguas el valle referido, hermoso, apacible y templado, y de aire muy saludable, adonde con abundancia se coge todo género de frutas y semillas, así de las de España como de las de la tierra. Finalmente, toda esta Provincia es muy fértil, y aunque rica de minas de oro y plata, pero no del todo descubiertas. En los pueblos hay muchas y varias lenguas, y en ellos doctrinas y beneficios muy pingües que administran clérigos del Obispado y otros muchos, que están á cargo de los Padres Dominicos por haber sido los primeros obreros de esta viña, y son tantos y tan buenos los conventos que en esta Diócesis tienen, que de ellos solos se forma una de las más ilustres Provincias que en estos Reinos hay de la sagrada familia de predicadores. Esta es una breve relación de la Provincia y ciudad de Oaxaca, donde la Compañía fundó su Colegio con la ocasión siguiente.

Había venido á México el año de 1574 (dos después que la Compañía llegó á este Reino) el canónigo Antonio de Santa Cruz á negocios importantes de su Iglesia de Oaxaca, hombre entendido y práctico en todo género de negocios, y no menos deseoso del bien común de su ciudad. Y juzgando lo que los de la Compañía ayudarían á la reformation de costumbres y buena enseñanza de la juventud, solicitaba por todos los medios posibles que le concediesen llevar consigo algunos Padres, á los cuales daría el sustento necesario y habitación cómoda en la ciudad. Correspondiendo á su buen deseo el Padre Provincial le prometió dos Padres, los cuales tomasen noticia de la importancia de aquel puesto, de la comodidad para ejercitar nuestros